



El control paterno sobre las amistades

Los adolescentes estiman que sus padres son buenos y comprensivos cuando les dejan elegir libremente sus propias amistades. "Yo busco y elijo mis propias amistades; no tengo por qué aceptar las amistades de mis padres o las que ellos me quieren imponer", es el pensar de casi todos los adolescentes.

En una mesa redonda sobre las "Amistades de adolescentes", en la que intervinieron padres, educadores y estudiantes universitarios, la afirmación más aplaudida sobre el tema salió de labios de una joven que afirmó: "Los mayores debieran tener la suficiente habilidad como para preseleccionar nuestras amistades impidiendo, por ejemplo, que nosotros entremos en contacto con un determinado sector de personas; pero, es inútil y contraproducente cuando quieren prohibirnos abiertamente alguna amistad que hemos contraído en el mismo círculo en que vivimos y que ellos mismos frecuentan".

La predeterminación de amistades se da en el círculo social en que se actúa y en el colegio o club al que se concurre. No pueden los padres enviar a sus hijos a un colegio determinado y prohibirles que hagan amistades en él. La amistad del niño y del adolescente es espontánea y natural. Existen niños que eligen sus amistades desde muy pequeños y conservan una singular fidelidad; otros hay que fácilmente rompen y entablan nuevas amistades con los compañeros más próximos.

Las amistades exageradamente afectivas iniciadas en la primera y en la segunda infancia hacen pensar en la existencia de un problema afectivo familiar que el niño trata de compensar con sus amiguitos.

Las amistades engendran el problema de "las salidas", con aquellos considerados "amigos". Los padres ven un peligro en el lugar y la hora de regreso con los amigos. El peligro no está precisamente en el lugar y la hora, sino en las costumbres morales de los adolescentes. La confianza que los padres tengan en sus hijos será el mejor antídoto contra este peligro. Las

más grandes perversiones pueden tener lugar en las barbas de los padres y puede conservarse la moral en los lugares más inverosímiles. La aberración más original de los tiempos actuales, en aras de la amistad, son los "noviazgos" plenamente consentidos, autorizados y dirigidos por los mayores, entre niños de 12 y 13 años.

Los más elementales principios psicológicos previenen que entre los púberes no puede existir todavía una relación amical enriquecedora de adolescentes de ambos sexos y mucho menos una relación amorosa. La falta de madurez psicológica hace que tales relaciones, útiles desde el punto de vista del conocimiento del otro sexo, sean estériles en el sentido de una relación amorosa provechosa. Toda la relación se reduce a imitar a los mayores y en mantener en una continua tensión emocional que perturba otros trabajos o estudios habituales. En los EE. UU. los hijos naturales de las niñas de los primeros años de bachillerato que llegan a las Casas Cunas, son la respuesta a la excesiva libertad de los noviazgos infantiles.

Las madres son, por lo general, las entusiastas protectoras de tales relaciones; por la perspectiva de un matrimonio teledirigido y por el deseo de tener en caso a los hijos bajo su vigilancia protectora. El único resultado de tales pasatiempos sentimentales consiste en que ambos adolescentes se imponen mutuamente, como prueba de amor, ciertas prescripciones que les quitan espontaneidad y naturalidad a las relaciones con sus otros compañeros.

Algunos jovencitos de familias de cierta cultura, rechazan la amistad de niñas de su misma condición social. Suelen hallarse cómodos con muchachas de inferior clase social donde se sienten más a gusto, hablan con soltura y tienen sus alardes de hombría, lo que implica una falta de madurez y un desaguste social manifiesto.

Gerhard Zimmer